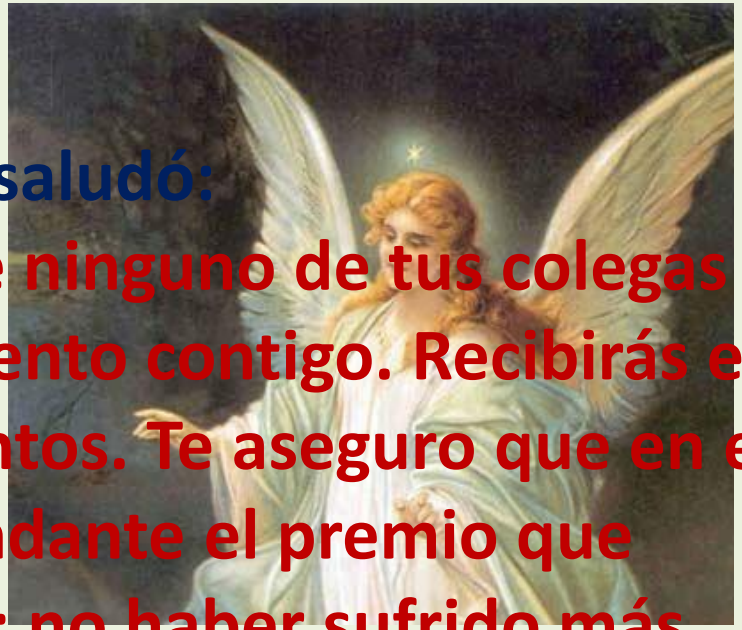
LAS CORRIENTES QUE RIEGAN LOS CIELOS

Ignacio Lizarraga 2023
Basado en escritos del Pbro.
José Antonio Fortea Cucurull

Un ángel se me apareció. Iba vestido con una túnica blanca y tenía dos grandes alas en la espalda.

Alrededor de él había un fulgor espiritual. Su rostro era como el rostro del que ha visto a Dios.



Sonriente me saludó:

–Salve, Juanito, probado más que ninguno de tus colegas en esta ciudad. Dios está muy contento contigo. Recibirás el premio adecuado a tus sufrimientos. Te aseguro que en el más allá será tan sobreabundante el premio que sólo una cosa te causará pena: no haber sufrido más.

–Prepárate, entonces, porque te voy a llevar ya ante la manifestación de Dios.

No verás su rostro, no atravesarás el velo de su esencia. Pero vas a ver algo tan grandioso que creerás estar viendo a Dios mismo.

Y a Dios verás, en verdad, pero no su rostro, no su verdadera gloria, sino una imagen finita de su esplendor.

Ascendí hacia lo alto, como si atravesara un largo túnel. A lo lejos se veía una luz intensa y hermosa como no la hay sobre la tierra.

Al llegar afuera vi a Dios inmenso, colosal, lo contemplé como la montaña más grande, más bella que pueda imaginarse, algo impresionante que va más allá de lo que cualquier mortal haya visto.

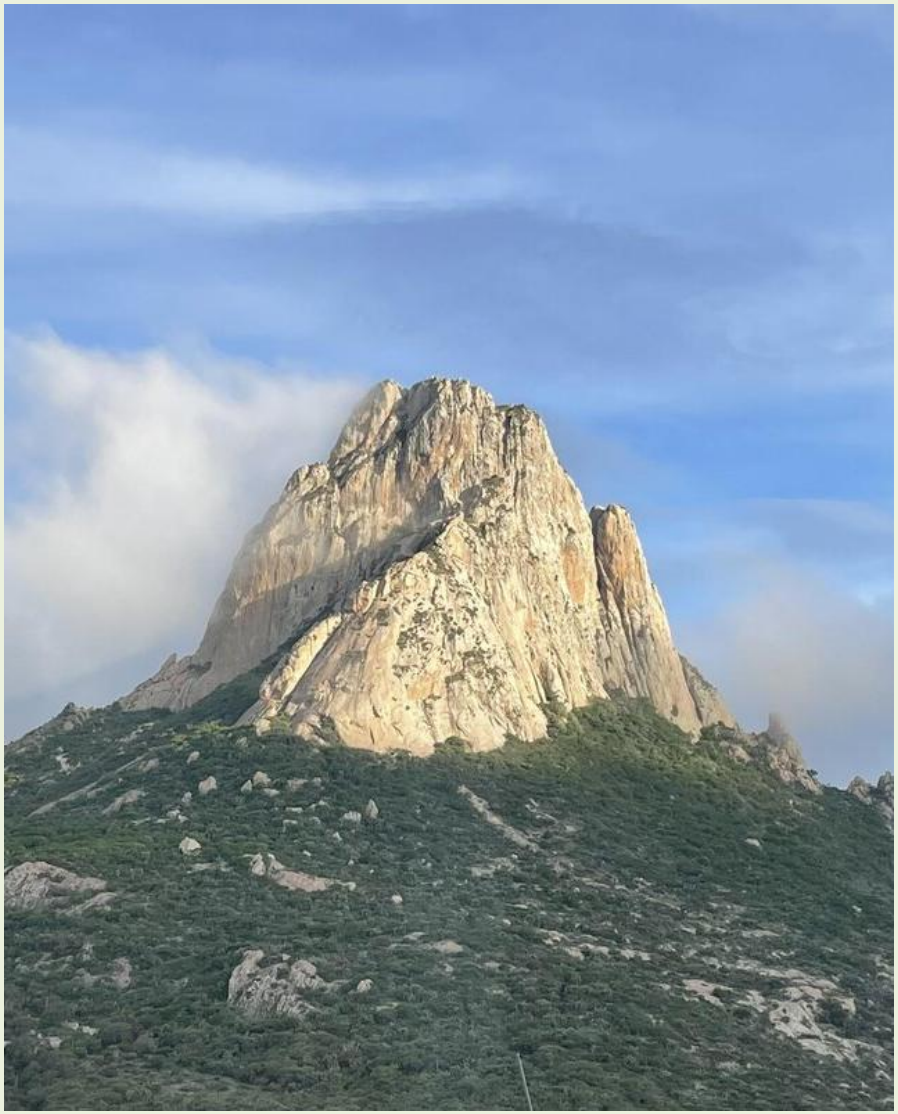
Era como una
Montaña-de-Ser
ante la cual yo no era ni
una mota de polvo.

Una Montaña viviente de
Amor, un imponente ser
personal gigantesco como
esa mole que aparecía ante
mis ojos.

Una mole rodeada de los
cantos de gozo de miles de
millones de ángeles que
sobrevolaban esa mole.

La Montaña hasta la mitad de su altura estaba cubierta de bosques y prados.
Prados amenos en los que retozaban miles de millones de almas humanas.
Bosques densos, oscuros, húmedos, rebosantes de vida.

Selvas en las que apetecía internarse y recorrerlas durante días, meses y años.



Al ver desnuda la roca que era Dios, sentí que el Espíritu me movía exclamar exultante las palabras del salmo 18:
<u>El Señor es mi roca. Mi Dios, mi roca en la que tomo refugio</u>.

¿Quién es Dios fuera del Señor? ¿Y quién es una roca fuera de nuestro Dios?

<u>El Señor vive.</u>
<u>Bendita sea mi roca</u>.

Alcé los ojos todavía más a lo alto, y vi que la roca más arriba aparecía <u>inmaculadamente blanca, cubierta de nieve</u>. En su cúspide, la montaña estaba oculta por una nube.

–¿Nieve? Qué nieve tan hermosa.

–No te engañes –me explicó mi ángel–. Aquí no hay ni un átomo de materia. Todo lo que ves es símbolo de realidades espirituales.

En Dios no hay ni nieve ni bosques. Todos esos prados y bosques son símbolos de la vida que emerge de Dios, y los campos nevados son símbolo de su pureza.

–Esos bosques, praderas y vergeles recorridos por almas incontables son la vida que surge en la superficie de Dios, porque Dios es Vida y transmite la vida. Pero la vida que rodea a Dios, no es Dios mismo.

En realidad, el Altísimo es el Fundamento que hay debajo de esa vida. Eso es lo que simboliza esa Roca Primigenia que emerge poderosa de entre esas laderas verdes.

Todo el Universo gira y se mueve alrededor de este Fundamento eterno, estático, inmóvil como esas peñas que ves ante tus ojos.

mi ángel me explicó: –Imagina que esta Montaña llenara todo el Universo de un confín al otro.

Pues bien, imagina mil millones de universos llenos por esta montaña y sólo estarías comenzando a comprender la diferencia entre tú y la grandeza colosal de Dios

El ángel prosiguió: –Sólo tenéis el Universo para haceros una pequeña y pobre idea del poder del Dios que lo creó, de su grandeza.

Por cada grano de arena que hay en la tierra, existen un millón de estrellas en vuestro universo.

Los 93,000 millones de años luz que tiene de diámetro de vuestro cosmos material os ofrecen una ligera idea de un Dios que es capaz de crear otro nuevo universo como ése cada segundo sin cansarse.

Cada segundo podría crear otro universo el doble de grande que el anterior, y proseguir así durante siglos, y eso no le produciría ni el más leve cansancio, ni el más leve debilitamiento de su poder.

¿<u>Te haces ahora una idea de cómo es la Roca Inamovible</u>?

El ángel me dio una palmadita en la espalda, diciendo:
–Si te hubieran preguntado, lo hubieras negado. Pero tu imaginación, sin darte cuenta, te había limitado mucho el concepto que tenías del Ser Infinito.

Cuando desde aquí os escuchamos hablar a Dios, nos damos cuenta de que no sabéis a Quien os estáis dirigiendo. En el fondo pensáis que es uno de vosotros, sólo que sentado muy alto y con mucho poder.

Al menos, el Universo, pedestal de sus pies, os puede ayudar a entender de qué cantidad de poder estamos hablando.

Un gran ángel que pasó volando por encima de nuestras cabezas, a gran altura, un ángel cinco veces más grande que el que me acompañaba y revestido con una túnica con franjas de oro y perlas, una dominación, tronó con potente voz:

–Y Salomón dijo: La casa que voy a construir será grande, porque nuestro Dios es más grande que otros dioses (2 Crónicas 2,5).

La cúspide aparecía tan misteriosa tras las nubes.

Después pregunté:
–¿La luz sale de la Montaña?
–Sí, la luz, de un modo agradable y tenue, envuelve a la Montaña.

–¿Y qué sostiene a la Montaña?
–Alrededor de Ella sólo está la Nada. La Montaña llena todos los cielos, es infinita.
Lo que vosotros entendéis por el cielo eterno es su superficie, esa superficie rebosante de vida, y también su interior.

–Las montañas tienen sus sistemas de cavernas que penetran hacia dentro de la montaña.
Laberintos intrincados, que se conectan entre sí, donde te encuentras con lagos y cascadas subterráneas.

–¿Podríamos nosotros ir al interior de la Montaña? Yo pensaba que el interior estaba cerrado a nosotros.

–Allí no puedes entrar. Las almas bienaventuradas pueden penetrar hacia el interior de este Misterio, pero tú todavía no has muerto.

En ese momento, aunque no dije nada, me dieron ganas de pedir la muerte para quedarme allí.

Mi ángel me miró comprensivo. Después dijo: –No me es concedido ni a mí ni a ti determinar el momento en que la vida se acaba. Se acabará, sí. Pero en el día y la hora que el Omnipotente determine.

Ni antes ni después. Él es Todopoderoso.
Nada te puede matar si su decreto es que continúes en la tierra. Nada te puede salvar de la muerte frente a la hora determinada.

–La montaña es como un gran templo. En cierto modo, la entera montaña es un templo. Un lugar santo habitado, con sus moradores, millones de ellos.

–¿Hay cámaras y estancias?

–No, dentro sólo se halla el Ser de Dios.

Dentro de la Montaña sólo se halla la Presencia de Dios. Pero sígueme.

Y sobrevolamos las laderas de esa mole, hasta llegar a una Magna Puerta en la base de la Montaña.

Se parecía a un gran pórtico catedralicio. Pero esta puerta ya de por sí tenía la altura de la catedral de Colonia si se me permite la comparación.

Las dos torres de ese templo no hubieran alcanzado con sus pináculos al pedestal de la gran imagen de la Virgen María que había en lo alto.

–¡Es la Virgen María! – exclamé al ver la estatua inconfundible. Una estatua de mármol con vetas azules.

–Sí, lo que ves allí es sólo una estatua, pero <u>ella es la Puerta, la gran puerta hacia Dios, la Puerta del Cielo.</u>

Pero acerquémonos más al pórtico, de ella te hablaré después.

Nos acercamos hacia la entrada a la Montaña sobrevolando un río de almas.

Millares de almas recién salidas del purgatorio, flotando penetraban en ese templo como un río luminoso e ininterrumpido.

Ese formidable pórtico, en vez de puertas, lo que tenía en su umbral era un velo incorpóreo hecho como de nubes.

El velo, sutil, se ondulaba por un suave viento, como una brisa, que salía del interior de la Montaña.

Las almas, al ser incorpóreas, atravesaban el velo sin dificultad alguna.

Me fijé de nuevo en el pórtico.
Una luz inmaterial parecía atravesar el velo.
Al ver esa luz sentí una paz y una felicidad que resulta imposible explicar.

Bastó ver esos haces de luz que se escapaban, para entender que valía la pena morir mil muertes con las peores torturas por disfrutar durante un minuto de la visión del Ser puro que había detrás.

–Hasta aquí puedes llegar.
Detrás del velo verías la Esencia de Dios, su Substancia, el Ser de Dios sin ningún velo, lo que llamáis el Rostro de Dios.

–Ya me imaginaba que no podría contemplarlo con mis ojos indignos.

–Nadie puede verlo y seguir viviendo.
Pero se te ha concedido divisar de lejos sus resplandores.

–¿No habría alguna manera de verlo y seguir viviendo? ¿Al menos descorrer el velo un instante?

–Si pudieras verlo directamente, tu alma sería arrastrada por un huracán de deseo y anhelo de tal vehemencia que dejarías atrás el cuerpo.

El Espíritu Infinito atraería de tal manera tu alma que tu cuerpo quedaría muerto atrás.

–Por eso no podemos seguir más adelante. Ver al Altísimo supone irremediablemente el fin de la prueba.

Serías un santo, pero ya sin ningún mérito.

–¿Y el río de almas no se detiene nunca?

–Nunca. Aunque aquí no hay noche, podríamos decir que no se detiene ni durante el día ni la noche. Millares de almas purificadas entran ante la Presencia y quedan totalmente transfiguradas y transidas por esa Luz.

–¿Y dices que desde ese momento es imposible pecar?

–Sí, resulta enteramente imposible. Ellos conservan enteramente su libertad. Pero ya nadie que haya visto a Dios, podrá nunca escoger el mal por pequeño que sea frente al Bien Supremo.

Sería como escoger un montón de estiércol a cambio del Tesoro Infinito.

Yo flotaba el aire junto a mi ángel. Aunque nos habíamos detenido, notaba que la Luz de detrás del velo me atraía.

Imperceptiblemente sentía que me iba hacia delante y tenía que hacer esfuerzo por no desplazarme de mi sitio.

Mi ángel continuó:

–¿Dentro del Templo hay moradores?

–Millones. Todos los bienaventurados ven a Dios estén donde estén, porque si se te abrieran los ojos, tus ojos ciegos, verías que <u>la entera Montaña es Dios</u>.

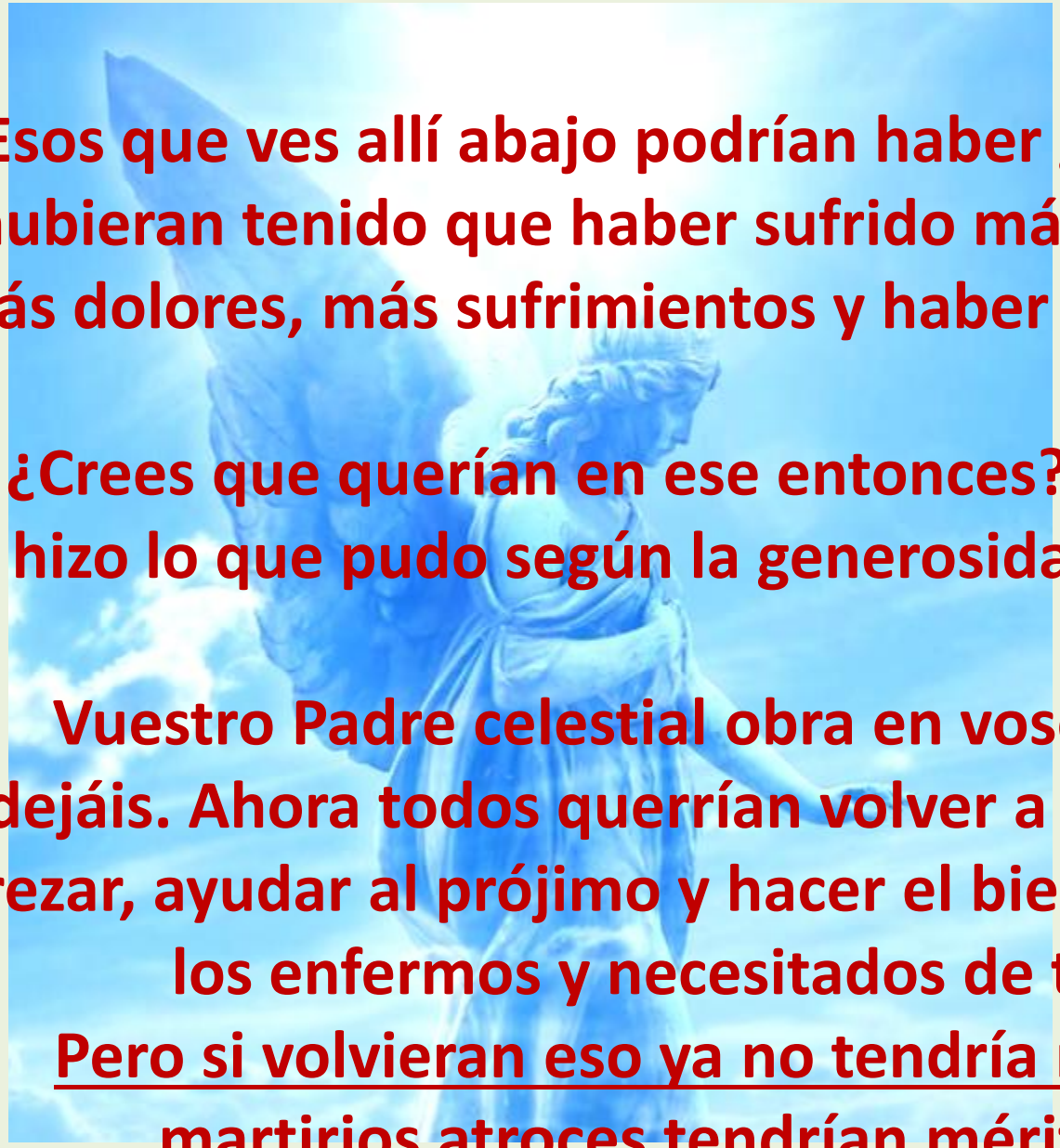
Todos moran en el Ser de Dios. Pero unos en su superficie, otros más adentro. Unos pocos en el mismo corazón de este templo, en su Sancta Sanctorum.

–¿Pero pueden salir de aquí y moverse con libertad por todas partes?

–Los moradores del cielo pueden moverse con entera libertad por toda la Montaña del Ser, por dentro y por fuera. Pueden recorrerla toda la eternidad, pues es infinita.

Pero cada habitante del cielo tiene su morada propia en el corazón de Dios.

Cada uno tiene su propia felicidad. Cada uno tiene su grado de felicidad esté donde esté en esta Montaña.



–Esos que ves allí abajo podrían haber gozado más. Pero hubieran tenido que haber sufrido más enfermedades, más dolores, más sufrimientos y haber sufrido con amor.

¿Crees que querían en ese entonces? Su Santificador hizo lo que pudo según la generosidad de cada uno.

Vuestro Padre celestial obra en vosotros lo que le dejáis. Ahora todos querrían volver a la tierra a sufrir, rezar, ayudar al prójimo y hacer el bien a los pobres, a los enfermos y necesitados de todo tipo.
Pero si volvieran eso ya no tendría mérito. Ni mil martirios atroces tendrían mérito alguno.

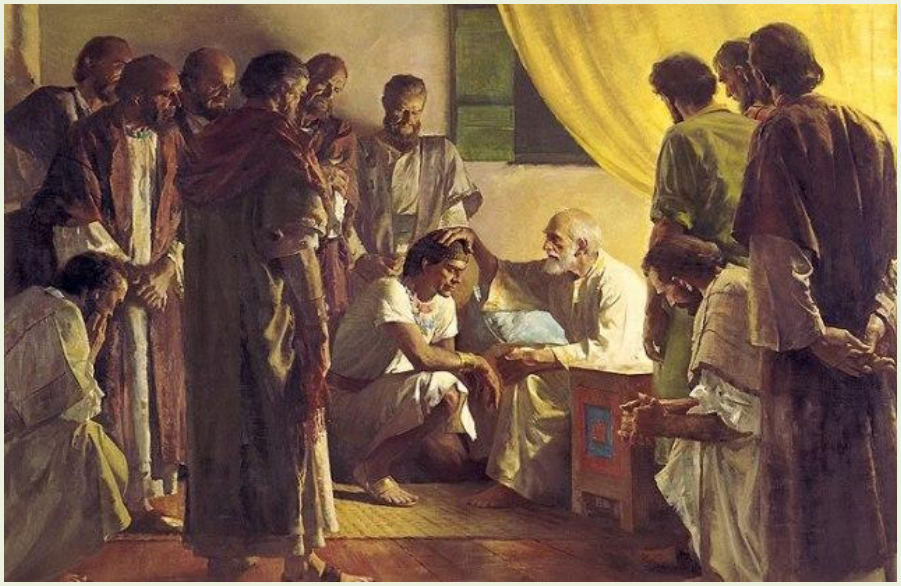
265 Papas iban revestidos con albas y capas pluviales. Sobre sus pechos colgaban cruces pectorales y tiaras en sus cabezas.
Iban cantando una melodía gregoriana, precedidos de ángeles y más de un millar de obispos.

–¿Adónde van?

–Van a una liturgia celestial. Aquí se sigue tributando gloria a Dios de un modo colectivo, no sólo individual.

–¿Y esos otros?

–Esos son los doce patriarcas, los doce hijos de Jacob. Mira, el de allí es Abraham. Detrás de él, camina Isaac y sus esposas. Esos de más allí, esa larga hilera, son los antepasados de Jesús. La línea de antepasados que va desde Adán hasta la Virgen María.



–Cierto, todos los bienaventurados ven a Dios, pero ese gozar de Dios no anula las relaciones humanas.

Los habitantes del cielo gustan de encontrarse unos con otros, de charlar, de visitarse.

Aquí las relaciones familiares y de amistad continúan.

Al cabo de un rato, le pregunté: –¿Podrías enseñarme el infierno?

–Sí, lo verás. Lamentablemente, existe. Pero eso vendrá después.

Antes de alejarnos más de la puerta, miré hacia atrás una última vez.

Mi ángel añadió: –Dios no es mera acumulación de poder o de conocimiento. El Altísimo es santo. Por eso entrar a su presencia es como entrar en un templo.

–Ahora entiendes mejor por qué vale la pena perderlo todo, con tal de no perder a Dios.

–No sólo Dios. Los ángeles... Nunca vi sobre la tierra una hermosura como la de sus rostros. Y del pórtico... era como si saliese como una brisa de incienso. Esos aromas, nunca los he conocido sobre la tierra.

–Ven, te enseñaré otra cosa. Rodeamos el Templo y al llegar a su parte oriental vi algo asombroso.

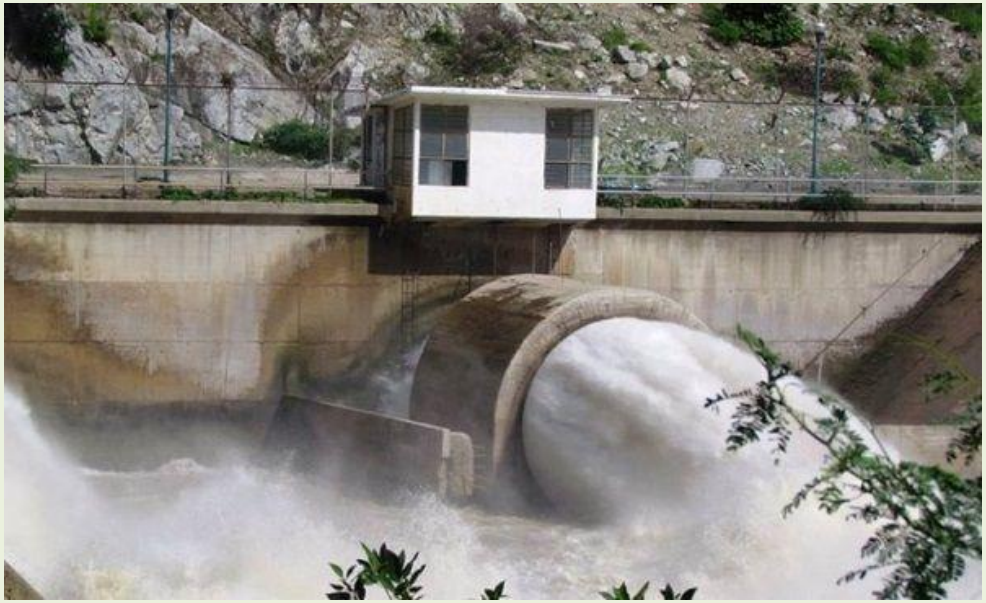
En sus muros, a cierta altura, se abría una puerta colosal, rectangular, sin bloques, todo formaba una sola pieza. Y en medio de su umbral, donde debía estar el portón de ingreso, se veía una abertura redonda en la piedra, cuyo diámetro no debía tener menos de un kilómetro de longitud.

De esa abertura salía un chorro de agua potente e incontenible; con tanta fuerza que emergía del muro en dirección totalmente horizontal.

Sólo se ve algo parecido cuando una presa abre sus aliviaderos y el agua surge con toda su potencia.
Esta agua aparecía de color completamente blanco por el ímpetu con que brotaba, llenando enteramente la abertura circular. El flujo no disminuía ni un solo instante, día y noche, año tras año, siglo tras siglo.

–¿Qué es esto?

– le pregunté gritando junto a su oído, pues el estruendo que hacía el agua al surgir era como la música de miles de órganos.



Mi ángel señaló más lejos. El agua caía sobre la llanura expandiéndose. Pero por mucho que se extendía a ambos lados, se veía con claridad que formaba una corriente que se dirigía hacia el horizonte. Yo iba a meterme en esa corriente, pero mi ángel me puso la mano en el hombro y me dijo:

–No, no te está permitido.

–¿Por qué si esto es sólo una visión?

–Del mismo modo que no puedes atravesar el velo, ni siquiera en la visión, tampoco puedes sumergirte en esa corriente. Esta visión es visión de una realidad verdadera. Y tú no puedes entrar en ella, ni siquiera en la visión.

Sus aguas eran las Aguas del Ser. Un Río de Ser que surgía de la Montaña Infinita. Su corriente recorría millares de kilómetros a tramos por llanuras, a tramos por valles. Alrededor de sus aguas había prados y bosques.

El Río estaba lleno de vida y vivificaba los márgenes por los que discurría. El Río estaba sobrevolado por pájaros de todo tipo, en sus aguas aleteaban los peces. Sobre el río volaban los ángeles, las almas humanas se sumergían felices en esas Aguas del Ser.

Miles y miles de kilómetros más en dirección Este, después de dar vida a montes arbolados y selvas impenetrables, el Río se reposaba.

Sus aguas, al principio del curso, mostraban la fuerza de Dios.

Al final, ese curso mostraba la paz de Dios, <u>era el Río de la Tranquilidad camino de su desembocadura</u>.

LAS CORRIENTES QUE RIEGAN LOS CIELOS

Ignacio Lizarraga 2023
Basado en escritos del Pbro.
José Antonio Fortea Cucurull